

Hacer antropología para exorcizar el encierro y trascender la emergencia

MARIANA VIERA CHERRO

Dra. en Antropología (FHCE, Udelar)
Profesora adjunta del Departamento
de Antropología Social (FHCE)
marianavieracherro@gmail.com

Resumen

Este texto se fue gestando lentamente. Comenzó en plena *emergencia sanitaria*, como se denominó en Uruguay a la situación suscitada por la presencia de un virus denominado COVID-19. Cada persona transitó la emergencia de diferente forma, vinculado en gran medida a las condiciones —habitacionales, laborales, familiares, sanitarias— en que esta la encontró, pero jugando un rol importante las características personales para enfrentar una situación de este tipo. En mi caso, la emergencia sanitaria significó quedarme en casa, siguiendo —o tratando de seguir— con mis tareas laborales y con las de cuidado, como habitualmente hago, pero con mucha mayor sobrecarga al no contar con instituciones y personas con las cuales repartir esta tarea. Y me condujo, también, a buscar recursos para sostener afectivamente la distancia social; el de la escritura fue uno de entre otros. Este texto empezó así, en cierta medida, como un acto de desesperación: escribir lo que iba sucediendo y lo que me iba sucediendo; para exorcizar el encierro, pero

también para, en interlocución con la escritura, intentar entender una situación excepcional. ¿No es acaso el deseo de comprender, explicar, eventualmente transformar una *realidad* lo que nos lleva a hacer antropología? Hoy vuelvo a esas notas para, desde esa vivencia enclaustrada de la pandemia, en la que la experiencia como encarnación (Esteban, 2004) cobra mayor sentido que nunca, y con las herramientas analíticas de la antropología en general y de la antropología feminista en particular, aportar algunas reflexiones sobre el COVID-19.

Palabras clave: COVID-19, antropología feminista, sexualidad, trabajo reproductivo, cuidados

Abstract

This text was slowly brewing. It began in the midst of the *health emergency*, as we called in Uruguay the situation caused by the presence of a virus called COVID-19. Each person experienced the emergency in a different way, linked to the conditions —housing, work, family, health— in which the emergency found them, and also with personal characteristics, that played an important role in dealing with a situation of this type. In my case, the *health emergency* meant staying at home, continuing —or trying to continue— with my employment and with the care tasks, as I usually do, but with a much greater burden since I did not have institutions and people to distribute this task. And it also led me to seek resources to sustain the social distance; the resource of writing was one among others. This text began like this, as an act of desperation: writing what was happening and what was happening to me; to exorcize confinement but also, in dialogue with writing, to try to understand an exceptional situation. Is it not the desire to understand, explain, eventually transform a reality that leads us to do anthropology? Today, I return to those notes, from that cloistered experience of the pandemic, in which the

experience as an incarnation (Esteban, 2004) makes more sense than ever, and with the analytical tools of anthropology in general, and feminist anthropology in particular, to develop some reflections on covid-19.

Keywords: COVID-19, feminist anthropology, sexuality, reproductive work, care

Entre la convicción y la provocación relativista: «yo no voy a tener covid»

... y, de hecho, nunca lo tuve o no fui diagnosticada. Porque ¿qué es enfermarse? ¿Padecer o tener una enfermedad? ¿cómo y quién define que estoy enferma o curada? ¿Quién interviene en el proceso de cura? Informada por la lectura de textos antropológicos que relativizan los procesos de salud-enfermedad-curación a partir del modo en que estos procesos se viven de formas particulares y diferentes en diversas sociedades y momentos históricos, pero también de mi vivencia como alguien que se curó —gracias a la acupuntura— de una bacteria de la que era hospedadora y contra la que la biomedicina no pudo durante más de cuarenta años, la seguridad de la biomedicina acerca de la existencia de un virus y las maneras de combatirlo me generaba más preguntas que certezas.

¿Qué significa decir que algo es un virus? La propia existencia del COVID-19 o cualquier virus es una producción social, no solo porque se origina en un contexto de determinadas formas de sociabilidad, producción, tratamiento del cuerpo, condiciones de desigualdad, sino también porque es una producción en el contexto de la legitimidad de un tipo de explicación —biomédica— a los síntomas, contagios y fallecimientos que de hecho acontecían. Lejos de decir que estos fenómenos empíricos no se dieran, lo que interpele es la naturalidad y obviedad con la que recibimos las explicaciones biomédicas frente a

otras, que coexisten, consecuencia, obviamente, del lugar que tiene la ciencia biomédica como saber hegemónico (Menéndez, 2020).

Olvidé decir por qué yo estaba segura de que no iba a tener covid: porque si el covid es un virus, y mi cuerpo no suele alojar virus solo bacterias, yo no contraería covid. Practiqué en varias oportunidades esta sentencia como recurso etnometodológico (Garfinkel, 1967) en el intercambio con otras personas —obviamente a posteriori del aislamiento— y lo que recibí fueron sonrisas acompañadas de frases que aludían a mi ingenuidad o que mostraban sorpresa frente a *una científica que no cree en la ciencia*. Mi pensamiento, para quienes creen firmemente en la biomedicina, era un *pensamiento salvaje* (Lévi-Strauss, 1964), sin advertir, como nos enseñó Lévi-Strauss, que el pensamiento mítico —o informado en este caso por otras medicinas— y el pensamiento científico operan de formas análogas.

Por otra parte, el feminismo ha sido especialmente cuestionador del poder y saber biomédico. Estos cuestionamientos han ido en diversas direcciones que Da Costa, Linardelli y Maure (2016) organizan en cuatro grandes categorías: aproximaciones que cuestionan la medicalización de las mujeres y el cuerpo femenino; las que abordan las relaciones entre biomedicina, acumulación capitalista y patriarcado; las investigaciones centradas en cómo opera el androcentrismo en la investigación biomédica y, por último, abordajes que plantean las desigualdades de género y cómo ello repercute en la salud de las mujeres. ¿Qué sucede con las mujeres en el encierro? ¿Qué impacto tienen las condiciones sexo-genéricas de las personas en estas vivencias y en las enfermedades que pueden desarrollarse (Esteban, 1994)? ¿Qué otras condiciones atraviesan estas vivencias en intersección (Viveros, 2016) con el género?

Antes de desarrollar algunas reflexiones en el sentido de estas preguntas quisiera ir a ese momento en el que el covid entraba a nuestro país, un momento en el que se desarrollaron diversos discursos sobre la alteridad y, por tanto, se produjeron alteridades (Grimson, Merenson y Noel, 2012), un momento que hacía imprescindible la reflexión antropológica.

Producción de alteridad, estigma y covid: ¡Ay, Carmela!

Antes del viernes 13 de marzo la epidemia del coronavirus era para Uruguay y quienes habitamos en este pequeño país del sur de América Latina una epidemia que veíamos por televisión, como espectadores distantes, aunque sincrónicos, de una experiencia ajena —¿ajena?—.

A comienzos de 2020 nos llegaban las noticias de cómo el COVID-19 venía afectando a la población en China. La televisión mostraba la construcción en tiempo récord de un hospital en ese país para atender a las personas infectadas, el mundo decía «eso solo es posible en China», mascullando admiración y misericordia. Las imágenes nos mostraban a la gente caminando por las calles con tapabocas, una imagen que todavía conservábamos de 2003 cuando la epidemia del SARS¹, pero que dista bastante de lo que son las costumbres en Uruguay donde solemos tomar y convidar mate, incluso transitando un resfriado. La escritora estadounidense, hija de madre japonesa y actualmente radicada en Argentina, Anna Kazumi Stahl,² hacía una interesante reflexión en una charla TED acerca de cómo las costumbres en Japón contribuyeron a impedir la mayor propagación del virus. Entre estas mencionaba el saludarse a distancia con una reverencia. A pesar de

lo distante que esto está de nuestras costumbres, estas ya comenzaban a alterarse y mostraban que el virus no parecía ser tan ajeno: hacía semanas que en el trabajo habíamos dejado de compartir el mate.

Después de la televisión llegó Carmela. Literalmente, de un viaje por Europa en el que habría contraído covid y, sin saberlo, esparcido el virus en un casamiento en un barrio de clases altas, *cheto*, de Montevideo.

Las redes sociales ardían de mensajes, memes, chistes de todo tipo, que aludían a su irresponsabilidad, en una sopa en la que se condensaban el ser rubia y *cheta* con ser boba e irresponsable. La frase que sintetiza el sentir de las personas de su entorno y que, por tanto, podría haber contagiado —y de hecho muchas se contagiaron— por su irresponsabilidad fue: «¿dónde vive?, ¿dentro de un táper?».

El arribo del covid a Uruguay de la mano de una *cheta* de Carrasco resultaba casi una ironía: la infección provenía de un universo social y económico que no suele considerarse, ni social ni materialmente, contaminado o contaminante. Y si bien las fronteras que separan lo contaminante de lo no contaminante no son fijas, sino que se disputan (Douglas, 1973), cuando alguien rompe con lo que está socialmente consagrado es presa de la sanción social, del desprecio, del ostracismo, de las habladurías (Douglas, 1973). Carmela no fue la excepción.

Casi tres semanas después del primer caso diagnosticado de covid en Uruguay, el mismo día que empiezo a escribir *lo que iba sucediendo y lo que me iba sucediendo*, un conocido periodista deportivo plantea en un programa televisivo,³ ante

¹ Síndrome respiratorio agudo grave por sus siglas en inglés.

² «Cómo reaccionan las culturas colectivistas ante la pandemia». Disponible en: https://www.ted.com/talks/anna_kazumi_stahl_como_reaccionan_las_culturas_colectivistas_ante_la_pandemia?language=es

[zumi stahl como reaccionan las culturas colectivistas ante la pandemia?language=es](https://www.ted.com/talks/anna_kazumi_stahl_como_reaccionan_las_culturas_colectivistas_ante_la_pandemia?language=es) (Acceso: 7/2021)

³ Polémica en el Bar. Canal 10. Emitido el 3 de abril de 2021.

la masiva concurrencia de personas a los balnearios del Este, particularmente a Rocha, en el comienzo de la Semana de Turismo: «¿Qué pasa si llegamos a la emergencia un “pibe” de estos que se fue por ahí en Semana Santa y yo que me cuidé? ¿Tenemos el mismo derecho?». Su planteo es brutal, duele —o a mí me duele—.

(...) cuando la prevención se desacopla del otro que tenemos al lado y de sus circunstancias (...) la prevención se vuelve maldita, reproduciendo las desigualdades y habilitando los (...) resentimientos a través de la denuncia, el escrache, el insulto y otras formas de violencia que pueden escalar hacia los extremos. (Rodríguez Alzueta, 2020, p. 85)

Esta producción de alteridad que reproduce los prejuicios y el odio social se procesa en varios niveles geopolíticos; mientras el caso de Carmela no cobra trascendencia más allá de Uruguay, no sucede lo mismo cuando Trump se refiere al «virus chino» o Santiago Segura (actor, director y guionista español) habla del «puto chino que se comió un pangolín semicrudo».⁴ Lo que resulta claro es que la emergencia hace emerger las condiciones estructurales que posibilitan comportamientos de odio y violencia, así como la propia existencia de la pandemia. Se limita a advertir sobre los peligros que encarna el consumo de carne de animales salvajes, sin complejizar las múltiples aristas que se articulan para el surgimiento de un fenómeno de esta índole. En particular, el posible nexo entre las prácticas de consumo con las prácticas de producción; el desarrollo de un sistema de producción capitalista y el impacto de este en el entorno animal y vegetal, y en la generación de formas de producción que resultan en un caldo de cultivo para este tipo de virosis. Como se explica en la obra *Contagio social*,

(...) simplemente no hay nada exclusivamente chino en el brote de coronavirus. Las explicaciones de por qué tantas epidemias parecen surgir en China no son culturales: se trata de una

cuestión de geografía económica. (Chuang, 2020, p. 29)

(...) a medida que la acumulación de capital subsume nuevos territorios, los animales serán empujados a zonas menos accesibles donde entrarán en contacto con cepas de enfermedades previamente aisladas. (Chuang, 2020, p. 42)

De similar modo ocurre con el silenciamiento, en las políticas de gestión del covid, del impacto de la pandemia en determinados sujetos en virtud de su posición en las estructuras sociales. En el próximo apartado recorro ese vacío y aporto algunas reflexiones sobre covid, género y capitalismo.

Quedarse en casa: entre el lujo, la imposibilidad y la muerte

El gobierno uruguayo exhorta a quedarse en casa sin tomar medidas punitivas — como lo han hecho otros países en la región y el mundo—, pero sí acciones que tienen consecuencias directas en la circulación, como el cierre de los centros educativos en todos los niveles: «Si las escuelas cierran, es con los niños adentro, ¿no?», ironizaba un mensaje que circulaba en las redes sociales. Se explica que el problema no es el virus en sí, sino que se sature el sistema de asistencia.

¿Todas las personas están en la misma situación de emergencia en esta emergencia? Algunos grupos tienen vulnerabilidades específicas frente a la virosis, debido a la edad o a la existencia de enfermedades prevalentes. Hay otras vulnerabilidades que resultan, sin embargo, de las condiciones de desigualdad; dirá Butler (2020) que si el virus no discrimina ya se encargarán las desigualdades de las sociedades en las que este llega de discriminar. Quienes no pueden dejar de ir a trabajar fuera de sus casas, quienes no tienen condiciones mínimas de sanidad como el acceso a una fuente de agua

⁴ Comentario sobre la portada de la publicación *Sopa de Wuhan*. Disponible en: <https://sites.google.com/view/comunicadosopadewuhan/comunicado?fbclid=IwAR023w0Qn882ger8RNLZ3nPKMDJblkRtHV14KWY0e5cTJahYe6rlqdHn3Tc>

[gle.com/view/comunicadosopadewuhan/comunicado?fbclid=IwAR023w0Qn882ger8RNLZ3nPKMDJblkRtHV14KWY0e5cTJahYe6rlqdHn3Tc](https://sites.google.com/view/comunicadosopadewuhan/comunicado?fbclid=IwAR023w0Qn882ger8RNLZ3nPKMDJblkRtHV14KWY0e5cTJahYe6rlqdHn3Tc)

potable; personas que están en situación de calle y ya no encuentran locales de comida abiertos para pedirles algún alimento sobrante; personas en relaciones laborales informales. «(...) aislarse es un lujo, porque cuidarse siempre ha sido un lujo», señalan Espino y Dos Santos (2020, p. 7). La condición de clase juega acá un papel central. Pero también hay condiciones de vulnerabilidad asociadas al lugar que ocupan las personas en las relaciones de género, que pueden —o no— interseccionarse con la condición de clase. Me quiero referir en este punto a la violencia doméstica, al incremento de esta forma de violencia y su manifestación extrema, el femicidio, en el contexto de la exhortación a «quedarse en casa» y a cómo fue tratado este aumento por parte del gobierno en el marco de la respuesta política a la situación sanitaria.

El presidente uruguayo Lacalle Pou calificó, en conferencia de prensa, a este aumento como un «daño colateral».⁵ La caracterización de daño colateral no solo es conceptualmente errada, porque el daño es esperable en una sociedad patriarcal, sino que hiere, hiere porque nos recuerda, nuevamente, que para la sociedad en la que vivimos la vida de algunas mujeres es un asunto políticamente irrelevante. Semanas más tarde, el 11 de mayo, el ministro de Ganadería de nuestro país, Uriarte, vuelve a cometer una barbarie similar, comparando el abigeato con el femicidio: «las cifras de abigeato son casi las mismas que los femicidios».⁶ No se trata solo de insensibilidad o de la discutible posibilidad de comparar una ausencia con otra —equiparar ganado a mujer—, sino de tratar como análogos fenómenos que son *normalmente*⁷ diferentes; las condiciones

estructurales que habilitan el robo de ganado no son las mismas que habilitan el asesinato de mujeres por su condición de tales. Esto no habría siquiera que explicarlo. Cuando las casas se tornan espacios de aislamiento, la lógica divisoria entre lo público y lo privado que el feminismo quiso romper —¿logró romper?— retorna. Y el sistema político, evidentemente, no está a la altura para comprender las estructuras que sostienen el acontecimiento.

Un cinturón que aprieta

Advierte Naomi Klein (en Petruccelli y Mare, 2020, p. 159) que los mayores retrocesos de la historia reciente en materia bienestar social y derechos humanos han estado asociados, por lo general, a situaciones de conmoción pública y pánico colectivo. En cuanto a las relaciones de género, habla de un «ajuste del cinturón patriarcal» que se genera en estas situaciones y cuando leo lo que sigue solo pienso que ese ajuste ahoga.

«En la cuarentena, todas somos amas de casa», decía Amber Athey, editora en Washington de la revista derechista *The Spectator*'s; «¡Quedémonos en casa y tengamos un bebé!», convocaba el grupo ultraconservador italiano ProVita & Familia; «El virus está mostrando claramente el gran valor que tiene tener madres en casa», decía Lori Alexander, una estadounidense partidaria de Trump que tiene un blog conservador cristiano. Estos mensajes fueron recuperados por Claire Provost (2020) para una nota publicada en el *openDemocracy*.

Los feminismos han dado amplia cuenta de cómo la reproducción ha sido y es un asunto tradicionalmente asignado a las

⁵ Disponible en: <https://www.lr21.com.uy/comunidad/1424739-para-lacalle-pou-los-femicidios-son-efectos-colaterales-del-confinamiento> (*LaRed 21*)

⁶ Disponible en: <https://www.subrayado.com.uy/ministro-ganaderia-dijo-que-las-cifras-del-abigeato-son-casi-similares-los-femicidios-y-se-incendio-la-pradera-n627854> (Subrayado, Canal 10)

⁷ Utilizo este adverbio para señalar que se trata de una valoración en virtud de ciertas normas sociales. Como me señaló quien revisó este artículo de forma anónima antes de su publicación —a quien le agradezco este comentario—, existen sociedades en las que ciertos animales y ciertos seres humanos están en la misma categoría.

mujeres. Se ha enfatizado el control patriarcal sobre los cuerpos y la sexualidad femenina, una operación de «domesticación de la sexualidad femenina, o su equivalente, la domesticación de las mujeres (...) lenta y continua» (Tabet, 2018, p. 132).

Se ha señalado también, desde una perspectiva que articula patriarcado y capitalismo, que la invisibilización y naturalización de esta tarea de reproducción de la vida biológica y social socialmente asignada a las mujeres le ha permitido al capitalismo, en connivencia con el patriarcado, apropiarse del plusvalor de este trabajo al no evidenciarlo como trabajo (Federici, 2018).

Lamentablemente, la frase de Lori Alexander no busca señalar el valor económico que tiene el trabajo doméstico, sino la importancia de tener «madres en casa», o sea, mujeres madres confinadas en las tareas de cuidado. Una vez más, controlar la sexualidad de las mujeres al servicio de la reproducción, como advertía Tabet (2018). Nadie que haya leído *El cuento de la criada*, de Margaret Atwood, puede evitar viajar a ese mundo distópico con la lectura de esta frase; un mundo distópico, pero que para algunas personas es la realización de la utopía. Un viaje en el tiempo en muchos sentidos.

El contexto parece habilitar, propiciar este tipo de discursos. De la mano de la oportunidad del contexto, el 4 de mayo, en el marco de una conferencia de prensa del presidente dirigida a la prensa de todo el país —para «salir» de la capital—, un periodista de Radio Felicidad, en el departamento de Paysandú, Víctor Hugo Acosta, aprovechó para referirse a la Ley de Interrupción Voluntaria del Embarazo (IVE), recordándole al gobierno su promesa

electoral de trabajar para desestimular el aborto:⁸

Hoy hay anticonceptivos y miles de maneras para no quedar embarazada la mujer, y hablando de derechos correspondientes, porque el derecho solamente es para una parte, solamente para la mujer, no contempla el del hombre, ni tampoco el del niño que seguramente no tiene voz.

El debate en torno al derecho al aborto merecería una serie de profundas consideraciones sobre las que aquí no voy a extenderme, pero sí es esencial decir que al ocurrir el embarazo en un cuerpo femenino —sea de un varón trans o de una mujer— y siguiendo el principio ético que debe orientar la concepción e instrumentación de los derechos de autodeterminación sobre el cuerpo (Correa y Petchesky, 1996), no es lo mismo el derecho que pueda tener «el padre» que la gestante.

Pero, además, las propias palabras del periodista remarcan otro aspecto del fenómeno que tiene que ver con el modo en que la sexualidad y la reproducción se inscriben en el marco de relaciones de género que tienen consecuencias desiguales para los sujetos sexuados. En las palabras del periodista «hoy hay anticonceptivos y miles de maneras para no quedar embarazada la mujer...». Nuevamente, la apelación a la conducta de previsión, individual, invisibiliza el hecho de que los costos y responsabilidad de la anticoncepción suelen quedar en manos de las mujeres, que también existe la coerción para la relación sexual —¿la violencia sexual marital será también un daño colateral de la situación de pandemia?—, y que «el padre» —yo preferiría apuntar a la distinción antropológica entre genitor y padre social— es muchas veces un simple genitor, que no consideró ni se responsabilizó de las consecuencias conceptivas de sus prácticas heterosexuales coitales. Como ocurre con el tratamiento dado al aumento

8 Lacalle Pou «Hay que tener una política de desestímulo de los abortos». Publicado en *El País* (4/5/2020): <https://www.elpais.com.uy/informa->

[cion/politica/lacalle-pou-hay-que-tener-una-politica-de-desestimulo-de-los-abortos](https://www.elpais.com.uy/informacion/politica/lacalle-pou-hay-que-tener-una-politica-de-desestimulo-de-los-abortos) (Acceso: 20/12/2020)

de los femicidios, pero trayendo a la conferencia de prensa lo que en ese momento no era un problema en medio de la emergencia sanitaria, la mirada de lo social se queda en la superficie y, en este caso, el contexto parece generar, como advierte Klein (en Petruccelli y Mare, 2020) un caldo de cultivo para la regresión en políticas de género.

La dificultad de politizar la experiencia: la crisis de cuidados y la vuelta a «la normalidad»

La pandemia supuso una crisis de los cuidados. Habitualmente la familia, el mercado y el Estado son las esferas que sostienen los cuidados; dentro de las familias tal trabajo recae sobre todo en las mujeres, como lo muestran para Uruguay las Encuestas de Uso del Tiempo.⁹ Las políticas de gestión de la pandemia fragilizaron el mercado de trabajo y transfirieron para los hogares actividades que suelen estar en manos de la esfera de lo público o del mercado, como las tareas educativas y de cuidado de personas dependientes. Para quienes tuvimos, en cierta medida, el privilegio de poder seguir trabajando desde nuestro hogar, pero sostuvimos simultáneamente las tareas de cuidados y enseñanza que antes delegábamos a las instituciones, los cuidados y el empleo en condiciones de «encierro» tuvieron consecuencias muy carnales. Arias Guevara y Pupo Vega (2021, p. 26) lo expresan como el impacto de «(...) la conservación de otras vidas, en detrimento, muchas veces, del cuidado de la vida propia». No escuché conferencia de prensa en la que se problematizara esta situación, lo que hace que perviva la ausencia de la consideración del trabajo de cuidado como algo con valor económico y el cuidado como un valor político, al tiempo que pone en entredicho la posibilidad de colocar el cuidado

como un asunto de primer orden en una agenda pospandemia (Arias Guevara y Pupo Vega, 2021). De hecho, ya se anunciaba un debilitamiento del Sistema de Cuidados (Olivera, 2020).

Desde el gobierno se repite una y otra vez que se exhorta a la cuarentena no obligando a esta como forma de no apagar los motores de la economía, pero la economía doméstica, esa que permite que los motores de La Economía, con mayúscula, sigan funcionando, sigue quedando oculta, solo rescatada por las feministas que enuncian en las redes sociales:

La economía no está parada. Todas están cocinando, limpiando y cuidando a sus familias, solo que ese trabajo no está valorado por los economistas porque está normalizado, el trabajo no pagado de las mujeres. (Sin firma)

Mi esperanza era que aquella evidencia que nos había puesto delante la pandemia, de la necesidad de distribución social de las tareas de cuidado de personas dependientes, hiciera por lo menos visible el valor de este trabajo. Las redes sociales en las que padres y madres compartíamos la desesperación de intentar compatibilizar el cuidado de las niñas, sumado al acompañamiento en las tareas educativas, con nuestros empleos; la desesperación de quienes no podían hacerlo porque eran madres a cargo cuyo trabajo implicaba no poder quedarse en sus casas, iba a politizar la tarea de cuidado; evidentemente esto no sucedió. La contranarrativa feminista que trata de imponerse a la narrativa hegemónica, cuyo objetivo es «(...) evitar toda posibilidad de politizar lo personal» (Pasquinelli 2020, p. 185), no prosperó. No siempre se politiza la experiencia, es claro que todavía falta mucho feminismo.

9 La última encuesta accesible es de 2013: file:///C:/Users/Usuario/Downloads/uso-del-tiempo-

y-trabajo-no-remunerado-2015.pdf (Acceso: 14/2/2023)

Bibliografía

- Arias Guevara, M. y Pupo Vega, A. (2021). Cuerpos que cuidan, cuerpos que precisan cuidados. Una reflexión sobre los días de pandemia. En G. G. Heil Vázquez, J. M. Silva, K. J. Woitowicz (Organizadoras), *Vivências de mulheres no tempo e espaço da pandemia de Covid-19: Perspectivas transnacionais*. CRV.
- Butler, J. (2020). El capitalismo tiene sus límites. En G. Agamben, et al. *Sopa de Wuhan*. ASPO.
- Correa, S. y Petchesky, R. (1996). Direitos sexuais e Reprodutivos: uma Perspectiva Feminista. Originalmente publicado en *Population Policies Reconsidered: health, Empowerment and Rights*, Boston, Harvard School of Public Health, 1994.
- Da Costa Marques, S., Linardelli, M. F. y Maure, G. (2016). La relación entre antropología médica crítica y estudios feministas y de género: notas para una discusión. En Actas de las I Jornadas de Investigación en Ciencias Sociales de la UNCuyo. Recuperado el 31 de agosto de 2022. https://bdigital.uncu.edu.ar/objetos_digitales/9879/da_costamarques-linardelli-maure.pdf
- Douglas, M. (1973). *Pureza y Peligro*. Siglo XXI.
- Esteban, M. L. (1994). Relaciones entre feminismo y sistema médico científico. Texto correspondiente a una ponencia presentada en el curso Mujeres de Ciencia. Pasado y Presente, organizado por el Seminario de Estudios de la Mujer de la Universidad de Granada, los días 6, 7 y 8 de junio de 1994. Recuperado el 11 de setiembre de 2022. https://mandragores.cat/wp-content/uploads/2020/05/mari_luz_esteban.pdf
- Esteban, M. L. (2004). Antropología encarnada. Antropología desde una misma. Papeles del CEIC, Bizkaia, (12), 1-21. Recuperado el 6 de octubre de 2022. <http://www.ehu.eus/ojs/index.php/papelesCEIC/articloe/view/12093>.
- Federici, S. (2018). *El patriarcado del salario. Críticas feministas al marxismo*. Traficantes de Sueños.
- Garfinkel, H. (1967). *Studies in Ethnomethodology*. Englewood Cliffs. Prentice-Hall.
- Grimson, A., Merenson, S. y Noel, G. (2012). Descentramientos teóricos. Introducción. En Grimson, Merenson y Noel (Comp.) *Antropología Ahora*. Siglo XXI.
- Lévi-Strauss, C. (1964). *El pensamiento salvaje*. FCE.
- Menéndez, E. L. (2020). *Morir de alcohol: saber y hegemonía médica*. Universidad Nacional de Lanús.
- Olivera, D. (2020). Lo que esconde la fusión de las políticas de cuidados y discapacidad. *La Diaria*. <https://ladiaria.com.uy/opinion/articulo/2020/7/lo-que-esconde-la-fusion-de-las-politicas-de-cuidados-y-discapacidad/> (Acceso: 3/3/2023)
- Pasquinelli, L. (2020). Lo local es político. En M. Svampa (et al.), *La Fiebre*. ASPO.
- Provost, C. (2020). ¿Quién está feliz con el coronavirus? En M. Roa (Trad.), *OpenDemocracy*. <https://www.lamalafe.lat/quien-esta-feliz-con-el-coronavirus/> (Acceso: 20/5/2020)
- Rodríguez Alzueta, E. (2020). Las trampas de la unidad. En M. Svampa (et al.), *La Fiebre*. ASPO.
- Tabet, P. (2018). *Los dedos cortados*. Biblioteca Abierta.
- Viveros Vigoya, M. (2016). La interseccionalidad: una aproximación situada a la dominación. *Debate Feminista*, (52), 1-17 <https://doi.org/https://doi.org/10.1016/j.df.2016.09.005>.